

daron sin repugnancia á las leyes de todos sus dominadores, y cada vez que fué menester cambiar de usos, de religion y de modo de vivir, lo hicieron casi sin violencia pasado el primer momento de la contradiccion y de las protestas. En esto se diferencia esencialmente la Bética de los pueblos septentrionales de la Peninsula, mas sensibles á las ideas de independencia y por lo mismo rebeldes al yugo extranjero (1). No se sabé quiénes gobernaban en estos calamitosos tiempos las iglesias de Itálica, de Astigis y de Asido, ni si fueron numerosos ó escasos los fieles que en ellas sufrieron el martirio por la fé. En Gades probablemente se habria extendido muy poco el culto de la Cruz, pues, segun expresamos en un anterior capítulo (2), era todavía en el V siglo el antiguo rito fenicio la única maravilla de Cádiz. La sede episcopal, establecida en ella en el siglo XIII, residia antiguamente en Asido (Jerez de la Frontera) (3).

Ocuparon la Bética los Silingos y los Vándalos cerca de diez y ocho años, desde el de 411 hasta el de 429, sin mas interrupcion que el corto espacio que la enseñoreó Walia. Se ha supuesto infundadamente (4) que de su nombre le vino á la provincia el de ANDALUCÍA que hoy lleva; en su lugar oportuno veremos cuándo, segun la mas probable conjetura, empezó á llamarse así.

Dias de gran consuelo debieron ser para los moradores de todas las comarcas que fecunda el Bétis en su curso, aquellos en que el terrible Genserico, sus Vándalos y las familias de estos, desde la isla gaditana (5) se entregaron en tropel á las ondas del Estrecho con direccion á la Mauritania (año 429). Mientras ellos se disponian allí á comenzar una nueva carrera de sangrientas incursiones contra la Iglesia de Africa y las mas florecientes provincias mediterráneas, los Suevos, defraudando las lisonjeras esperanzas de los naturales, se aprestaban tambien por su parte á ocupar la region que dejaban desocupada aquellos. Semejante á una turba hambrienta, que se fracciona para apoderarse en

(1) En la época á que nos referimos, los españoles del norte, abandonados de los romanos y vejados por los bárbaros, se juntaron para repeler á los bárbaros y á los indolentes imperiales que no sabian defenderlos, y formando numerosas y temidas partidas de *bagandas* salieron al campo contra unos y otros dominadores. V. á Salviano, *De gubern. Dei*. lib. V.

(2) V. la pág. 149, not. 3.

(3) V. la pág. 147, not. 2.

(4) V. el pasage en que el P. Florez discute claramente este punto en la *Esp. Sag.* Trat. 28. cap. IV.

(5) V. á Horozco en su *Hist. de Cádiz*.

sucesivos turnos de los restos de un opíparo banquete, las gentes bárbaras se precipitaban divididas en tribus sobre los despedazados miembros del Imperio romano, y hubo provincias que sufrieron tantas invasiones sucesivas cuantas eran las razas. Había ocasiones en que dos ó mas de estas, en su premura por llegar antes al codiciado festin, chocaban entre sí y ferozmente se degollaban. Así sucedió á la de los Suevos con la de los Godos, de quienes eran auxiliares los Romanos. Fué uno de sus mas sañosos encuentros en el Singilis (*Genil*), donde el caudillo de la milicia imperial, Andevoto, salió derrotado dejando en manos de Recchila un inmenso botin y cantidad considerable de plata y oro (1). El mismo Recchila se apoderó despues de toda la Bética, haciendo en ella grande estrago: entonces padeció aquella tierra, tanto mas desgraciada cuanto había sido mas floreciente, las alternadas depredaciones de unos y otros contendedores: cuando no la envilecian los Suevos, la agoviaban los Godos y Romanos coligados. Recchila, que era gentil, depuso de su sede al obispo de Sevilla, Sabino; los priscilianistas, enconados enemigos del santo prelado, lograron del rey Bárbaro este triunfo (año 441); mas no por eso se abatió la constancia del virtuoso defensor de la fé católica, antes por el contrario, redobló su celo y combatió á aquellos hereges por espacio de veinte años, segun refiere un autorizado testigo de las turbaciones de aquel desgraciado tiempo (2). Tal vez la noble entereza con que este digno prelado dió testimonio de la verdad de su creencia en medio de la persecucion, pudo contribuir para que el hijo y sucesor de Recchila abjurase el paganismo en que habia nacido: lo cierto es que Recchiaro abrazó la fé católica (año 448) en cuanto heredó el mando de la gente sueva (3), si bien esto no fué obstáculo para que continuase saqueando la España ulterior (4) y para que, con mengua de la justicia y de la lealtad generalmente observada entre los Bárbaros, permitiese asesinar en Sevilla al conde Censorio, que repetidas veces habia sido legado de los romanos cerca de su nacion (5). Por otra parte, este mismo Recchiaro,

(1) S. Isid. *Suevor. hist.*

(2) Idacio, *Chron.* abreviado, sub æra CDXCV. *Sabinus episcopus hispalensis post annos XX quam certaverat expulsus*, etc.

(3) *Filius suus CATHOLICUS Recchiarus succedit in regnum*, etc. Idacio *Chron.*, año 448.

(4) *Obtento regno, sine mora ulteriores regiones invadit ad prædam.* Ibid.

(5) Ibid.

logrando dar ciertos visos de reinado á su potestad al amparo de la Iglesia católica y favorecido por el gran acontecimiento de la irrupcion de los Hunos, que absorbía por completo la atencion y las fuerzas reunidas de visigodos y romanos, obtenia de Teodoro una hija por esposa, sin que esto tampoco fuese impedimento para que, despues de vencido Atila y vueltas las ambiciones momentáneamente distraidas á su curso natural, una vez conjurada la comun ruina, su mismo cuñado Teodorico moviese contra él sus ejércitos, favorecido de los imperiales, lo derrotase junto al Orbigo y, descubierto en su fuga y entregado, lo mandase decapitar como á un enemigo cualquiera (año 456). A este acontecimiento refiere Idacio la conclusion del reino de los Suevos: *tradentibus se, Suevis, aliquantis nihilominus interfectis, regnum destructum et finitum est Suevorum*. Su instintiva y característica perfidia (1) los precipitó, y la religion católica que por algun tiempo afectaron profesar sus capitanes ó *thiudanes* no fué parte para que se despojasen de tan infame vicio. El arriano Teodorico fué para ellos el azote de Dios que no habian sufrido por mano de Atila; si bien los romanos de España que habian escapado con vida en los campos cataláunicos, lo padecieron duplicado, porque la terrible venganza del Godó no perdonó las casas ni los templos, ni á los sacerdotes ni á las virgenes consagradas á Dios (2).

Una circunstancia muy notable de esta incursion, que la hace de índole especial digna de ser considerada al estudiar la historia de la irrupcion de los Bárbaros, es que los Visigodos de Teodorico manifestaron en su campaña contra los Suevos y los hispano-romanos una pudicia con el sexo débil hasta entonces inusitada (3), haciendo con esto un noble alarde de la pureza de costumbres en que libraba la contristada Iglesia católica la esperanza de su regeneracion futura. Desgraciadamente en nuestra España no correspondieron siempre los efectos á este generoso anuncio, y tal vez por esta relajacion de sus primitivas virtudes no duró la monarquía visigoda mas que dos siglos y medio, cuando parecia deberse perpetuar indefinidamente.

Evacuada la Bética por los Suevos, quedó la provincia á merced

(1) *Remissis Legatis, atque omni juris ratione violata, Suevi Tarraconensem provinciam, quæ Romano Imperio deserviebat invadunt*. Ibid., año 456.

(2) Ibid.

(3) *Sanctorum basilicæ effractæ, altaria sublata atque confracta, Virgines Dei exin quidem abductæ, SED INTEGRITATE SERVATA*, dice Idacio.

de las huestes de Teodorico, que sin embargo, despues de haber combatido á sus enemigos en Galicia y Lusitania, regresó á la Galia y se instaló en Narbona. Solos Cyrila y Sunierico, sus capitanes, la ocuparon accidentalmente en dos distintas ocasiones, y no nos dicen los antiguos escritores quiénes la dominaron ni con qué régimen se gobernó hasta los tiempos de Theudis (del 531 al 548), rey godo sucesor de Amalarico, que al parecer estableció su corte en Sevilla (1) obligado por el rápido crecimiento de la monarquía que en la Galia habia fundado el gran Clodoveo. Theudis manejó las riendas del gobierno con gran prudencia y no escasa gloria: aunque arriano, desplegó la mayor tolerancia concediendo la paz á la Iglesia católica y permitiendo á los obispos que se juntasen en concilio en la ciudad de Toledo y que decretasen cuanto juzgáran conveniente á la disciplina de la misma Iglesia (2). Grandemente debió prosperar la Iglesia hispalense con esta feliz tolerancia, que haría sin duda alguna florecer el terreno ya convenientemente preparado por los obispos Sabino, Oroncio, Zenon, Asfallo, Maximiano y Salustio: porque desde la expulsion de los Suevos habian ya trascurrido setenta y cinco años cuando Theudis fué elegido rey, y aprovechando aquellos venerables prelados el descanso en que dejaban á la España meridional las rivalidades de Godos, Suevos y Francos, en la Galia, en la Tarraconense, en Galicia y Lusitania, gobernaron sus diócesis con tanta justicia, de tal modo fomentaron el culto y se dedicaron á hacer desaparecer las huellas del pasado estrago, que merecieron ser citados por los pontífices romanos como lumbreras y modelo de la Iglesia universal (3): *gubernator Ecclesie præcipuus inter*

(1) Aunque digan Mariana, Morgado y el autor del *Memorial por la Santa Iglesia de Sevilla*, que Amalarico estableció su corte en esta ciudad, no parece sostenible atendidas las noticias que suministran los antiguos escritores. Lo mas probable es que reinara en Narbona, segun afirma Greg. de Tours, ó bien en Toledo, como suponen otros. V. *Gesta Reg. Franc.* apud Du Chesne. t. 1, p. 707.

Quien seguramente fijó su residencia en Sevilla fué Theudis, primero de quien afirma S. Isidoro que reinase en España, porque todos los reyes anteriores residieron en la Galia Narbonense.

(2) ... *dum esset hæreticus, pacem tamen concessit Ecclesie: aded ut licentiam Catholicis Episcopis daret, in unum apud Toletanam Urbem convenire, et quæcumque ad Ecclesie disciplinam necessaria extitissent, liberè licentèrque disponere.* S. Isid. Hist. Goth. sub æra DLXIX.

(3) Alcanzaron principalmente este señalado honor los obispos Zenon y Salustio, de los papas Simplicio, Felix y Hormisdas, cuyas epistolas gratulatorias publicó Florez en su Esp. Sagr. El obispo Zenon mereció ser nombrado por Simplicio su Vicario apostólico, y fué el primer prelado español elevado á tan alta dignidad. ... *Terentius ad Italiam dudum veniens, dilectionis tuæ singularis extitit prædicator, talemque te*

mundi turbines, piloto sobresaliente de la nave de la Iglesia entre las borrascas del siglo, llamó el papa Felix al obispo de Sevilla Zenon.

Era el clero en aquella revuelta edad el que marchaba al frente de la civilización de los pueblos: los obispos, los presbíteros y los monges, depositarios de las reliquias de la clásica antigüedad, únicos concededores de las ciencias y de las artes, hacían germinar, con la moral y la reforma de las costumbres, la industria y todas las aplicaciones útiles de sus conocimientos, en las tierras aun empapadas con la sangre mezclada de cristianos y de infieles, de Romanos y de Bárbaros. Lo mismo que un prelado había hecho grande á Clodoveo, hacían ahora otros prelados grande y prepotente la nación que el cielo había reservado para asiento de la monarquía mas identificada con la civilización del Imperio romano.

La arquitectura, que es entre todas las artes del pensamiento la que mejor denota la energía y, digámoslo así, la virilidad de las ideas estéticas, suele florecer en los Estados siempre que florece el arte de la guerra. Pocas noticias alcanzamos en verdad de la arquitectura de los visigodos, pero las que tenemos, como se verá en breve, contribuyen indudablemente á corroborar el principio que acabamos de emitir. Desde que esa raza de hombres empieza á preponderar en España y á hacer respetar sus armas entre los demás pueblos, empieza también la historia á hacer mención de bellas construcciones erigidas por los godos españoles.

Llevados los Francos no menos de su rapacidad que de su espíritu belicoso, y halagada su proverbial codicia con los ricos despojos que habían sacado de España y de la Galia gótica en la guerra movida por los hijos de Clodoveo contra Amalarico, rompen nuevamente á sangre y fuego por la Tarraconense, ponen sitio á Zaragoza, donde supone Gregorio de Tours que brilló la piedad de Childeberto deponiendo su marcial coraje al aspecto de una devota procesion que hicieron los sitiados llevando al rededor de la ciudad con lágrimas y preces la túnica

esse vulgavit, qui ita Christi gratia redundares, ut inter mundi turbines gubernator Ecclesie præcipuus appareres. Así empieza la carta que publica Florez del papa Felix á Zenon.

Los vicarios apostólicos en nada invadían los derechos de los metropolitanos. Sus atribuciones eran convocar los Concilios de dos ó mas provincias reunidas, cosa que el metropolitano no podía hacer por no tener jurisdicción sino sobre las sillas sufragáneas; informar á la Santa Sede acerca del estado de la fé y disciplina; por último, conocer de las causas mayores en grado de apelacion.

del santo mártir Vicente (1), y ya se disponen á regresar á las Galias cargados con su copioso botin, cuando envía Theudis contra ellos á su general Theudiselo, el cual, cortándoles el paso de los desfiladeros, cierra con los dos ejércitos de Childebarto y de Clotario y los pone en completa derrota. Allí los Francos hubieron de comprar con dinero una tregua de veinticuatro horas que la humanidad del visigodo les concedió para retirarse, muriendo á manos de los vencedores todos los que no pudieron salvarse en aquel dia (2). Despues de este glorioso hecho envió Theudis sus huestes contra los romanos de Africa y los cercó apretadamente en Septum (Céuta), llegando casi á rendirlos. Perdió, como en breve diremos, el arrianismo: la historia vulgar dice que le perdió el respeto que, aunque arriano, le impedía derramar sangre en el dia particularmente consagrado al Redentor, porque habiendo en un domingo suspendido las hostilidades, los Romanos hicieron de improviso una impetuosa salida y le degollaron á malsalva la flor de su ejército; conque abortó la ruidosa expedicion ultramarina.

Grandes iban á ser en los siglos VI y VII las monarquías fundadas por los reyes Bárbaros: en Italia y España, en armas, en letras, en artes, en ciencias eclesiásticas, en el comercio, la industria y la agricultura, la segunda principalmente iba á poder emular con el Imperio de Oriente. Los Ostrogodos de Italia tenian á su devocion los Casiodoros, los Boecios, los Simmacos, que hacian renacer bajo el suave cetro del mas ilustre vástago de los Amalos (3) muchas de las antiguas formas de la administracion romana. Pero los Visigodos de España, estendidos desde las márgenes del Ródano hasta el Estrecho de Hércules, constituian ya la nacion mas poderosa y formidable del Occidente al comenzar la época conocida con el nombre de *edad media*. Ellos tenian ilustres guerreros, legisladores sesudos, sacerdotes ejemplares, controversistas agudos, poetas y escritores elocuentes, en los Theudiselos, los Montanos, los Idacios y Toribios, los Draconcios, los Merobandes y Orosios. Porque la Iglesia en España, lo mismo que en todos los pai-

(1) Nada habla S. Isidoro de semejante suceso. Pero hay mas aún: ni el mismo santo obispo Turonense dice una palabra que autorice la suposicion, tan válida entre los historiadores franceses, de que los zaragozanos entregasen ó regalasen á Childebarto la túnica de S. Vicente. Lo extraño es que el docto Amb. de Morales haya dado crédito á tan infundada especie.

(2) Greg. de Tours calla este descalabro, pero lo refieren S. Isid. y Jornandes, que merecen entera fé.

(3) Teodorico, el rey de los Ostrogodos.

ses del Occidente que habian sido provincias romanas, si bien en el periodo del cuarto siglo á la primera mitad del quinto, atendió principalmente á consolidarse y robustecerse con el auxilio de sus grandes doctores; de la segunda mitad del quinto hasta fines del sétimo, se consagró á civilizar á los Bárbaros y á fecundar su naciente nacionalidad. Menos guerrear y derramar sangre, la Iglesia lo hacia todo: porque ella era la única que todo lo sabia y de todo podia dar lecciones. Verdaderamente admira la actividad que desplegó en este segundo periodo, sobre todo si se consideran las dificultades inmensas que tenia que superar. Vemos literalmente renacer el apostolado de los primeros dias del cristianismo, con sus mismos obstáculos y contradicciones: porque no se trata solamente de predicar el Evangelio y de padecer por la verdad, sino que es necesario además defender á los vencidos (el título de *defensor civitatis* ya solo pertenecia á los obispos), desarmar la ira de los vencedores y convencer á aquellos feroces y adustos paganos y arrianos, y esto nó en el Areópago de Atenas ni en el foro de Corinto, sino en los mismos campos de batalla, en las poblaciones tomadas por asalto, tal vez entre las humeantes ruinas de los templos y ciudadelas, y dirigiéndose á hombres embriagados de saña y de sangre. Además, la Iglesia es la que en esta época pone el arado en manos del rústico y le enseña á trazar los sulcos de donde luego saca el sustento: ella pone la escuadra y el compas en las manos del albañil, y el martillo en las del menestral, y la pluma en las del alumno consagrado al estudio; ella educa en los claustros que abre á la silenciosa y casta vida monástica, entusiastas al par que modestos artistas, que desarrollando sus ideas al santo calor de la oracion y de la contemplacion, encuentran un nuevo ideal mas adecuado que el del arte pagano para la manifestacion de su ardorosa fé: ella en suma convierte los monasterios en otros tantos focos de civilizacion donde encuentran puerto de salvacion las obras maestras de Grecia y Roma, ciencia clara y copiosa las inteligencias que apetecen la luz, refugio seguro todos los infortunios, consuelo eficaz los grandes decaidos y los débiles agoviados, albergue los pobres, los extranjeros, los peregrinos, y todas las criaturas de buena fé la mansion de la verdadera libertad, de la verdadera franqueza, de la verdadera felicidad. En aquellos dias de turbacion y general desorden, no hay mas historia que la de la Iglesia: por mas que se repita, nunca será bastante. ¿Quereis saber en qué emplean su vida los Zeno-

nes y Salustios, esos preclaros obispos hispalenses que antes señalé á vuestra admiracion? Pues básteos que os diga en lo que la ocupan todos los otros prelados de aquel tiempo. «El obispo del siglo VI bautiza, confiesa, predica, impone penitencias públicas ó privadas, fulmina anatemas ó levanta excomuniones, visita los enfermos, asiste á los moribundos, entierra los muertos, redime los cautivos, sustenta á los pobres, á las viudas y á los huérfanos, funda hospicios y enfermerías, administra los bienes de su clero, pronuncia como juez de paz en las causas civiles ó decide como árbitro las diferencias de unas poblaciones con otras: al propio tiempo compone tratados de moral, disciplina y teología, escribe contra los heresiarcas y los filósofos extraviados, cultiva la ciencia clásica y la historia, dicta puntuales respuestas para los que le consultan sobre materias de religion, mantiene correspondencia epistolar con las iglesias y los otros obispos, asiste á los concilios y á los sínodos, concurre á los consejos de los Emperadores, dirige las negociaciones, desempeña árduas y peligrosas legacias cerca de los usurpadores ó de los príncipes bárbaros con el fin de aplacarlos ó contenerlos: en una palabra, los tres poderes religioso, político y filosófico, están concentrados en el obispo católico (1).»

Pero si tan sabios eran los prelados de aquellos tiempos, se nos dirá tal vez, ¿cómo es que han dejado tan pocas obras? ¿Cómo esos sucesores de los antiguos y gloriosos padres de la Iglesia, que, acompañados de los celosos monges y presbíteros, tomaban bajo la proteccion del báculo pastoral las ciudades y las provincias invadidas y se precipitaban sin temor alguno al encuentro de las furibundas hordas de la Escitia y de la Germania, no nos han legado mas abundantes documentos de su valor intelectual? ¿Consiste esto acaso en que aquellos calamitosos tiempos no les dieran tregua para escribir voluminosos libros, ó en que realmente preludiasen ya entre los mismos maestros de la nueva civilizacion la noche tenebrosa que llena los primeros siglos de la edad media? Semejante pregunta envuelve un grave error. No, la Iglesia no perdió su ciencia ni se mostró estéril en la época de que vamos hablando; lo que hizo fué acomodarse á los tiempos de una manera maravillosa, como lo habia ya hecho y como lo hizo después siempre: lo que hizo fué modificar, con aquella habilidad é ingenio en ella tan ca-

(1) Riancey, HIST. DU MONDE: *Ere nouvelle: troisième période*. Chap. V.

racterísticos, el género de instrucción que debía propagar para que fuese más adecuado á las fuerzas intelectuales de sus nuevos discípulos. Había pasado el tiempo oportuno de las disertaciones sabias, de las discusiones filosóficas y de la bella literatura. Con los Bárbaros eran de todo punto inútiles las galas de la retórica y las sutilezas de la dialéctica. Los cabelludos caudillos de aquellas formidables hordas eran verdaderos niños en cuanto á la inteligencia: entendimientos sin cultivo, insensibles al arte y al halago de la forma. Había que hablarles al alma, era preciso mover sus sentimientos vírgenes é ingenuos, llevar el convencimiento á su razón adormecida: y todo esto lo hizo admirablemente la Iglesia del siglo VI. Hízose pequeña con los pequeños, conversó con ellos familiarmente, dirigióse á sus sentidos, desenvolvió sus grandes y magníficas verdades en el idioma sencillo de las homilias y de las epístolas, con expresiones llenas de candor y con lecciones encubiertas bajo el velo de la más encantadora humildad.

Homilias y epístolas, hé aquí la tarea principal de los santos obispos y misioneros de aquellos tiempos: explicaciones de la doctrina del Evangelio fáciles y sencillas; instrucciones para cada día, para cada hora, en estilo natural, espontáneo, rápido, donoso á veces, siempre persuasivo. ¿Creeis acaso que por esto menguaba y decaía la elocuencia de semejantes exhortaciones? No; no hay verdadera elocuencia sino cuando hay verdadera convicción. ¿Y era por ventura pequeño triunfo el de aquel orador sagrado que al fin de su sermón vió á un ejército entero de Francos golpear sus escudos y gritar á una voz transportado de entusiasmo: *Si, queremos adorar á ese Dios que nos anuncia Remigio?* Pues por lo que hace á la misma habilidad y pericia en la forma, ¿dónde hay nada más elegante, más oratorio ni más ingenioso que el discurso de Sidonio Apolinar al pueblo de Bituriges sobre la promoción de Simplicio al episcopado? ¿Dónde puede citar la antigüedad clásica quejas más elocuentes, increpaciones más enérgicas y arranques de más elevada filosofía histórica que los contenidos en el tratado de Salviano sobre el gobierno de la Providencia, que dejamos atrás citado? ¿Se ha escrito nunca en prosa más grandiosa epopeya? Y si nos concretamos á nuestra España, ¿cuál no debía ser el mérito literario de los poemas sagrados (el *Carmen de Deo*, el *Hexámeron* y otros) de aquel Draconcio, de quien desgraciadamente no ha llegado á nosotros por la injuria de los tiempos ni un solo verso, cuando el mismo Sido-

nio le comparaba por lo sabroso y esplendente de sus frases con la sal de las montañas de Cardona? El escolástico Merobande, que escribió un poema sobre Jesucristo, y á quien cita Idacio como literato de gran crédito (1) en el siglo V, ¿no mereció que le alzaran estatuas sus propios coetáneos? «En medio del estruendo de las armas, de los alaridos de los Bárbaros, place encontrar no tan solo sacerdotes, sino tambien valerosos guerreros, que consagran su númen á cantar las batallas del Señor, como pocos años antes hiciera el poeta Prudencio (2)!»

Otra reflexion mas consoladora todavia hay que hacer tratándose de la Iglesia gótica española, que resume todas las glorias de nuestra nacion en los siglos cuyos horizontes vamos registrando. Las únicas heregias que la afearon fueron el arrianismo, que no era la religion de los españoles, sino la de los Godos y Suevos que ocuparon el pais por derecho de conquista; el Priscilianismo, de importacion estrangera y reducido al territorio de Galicia; y algunas ligeras chispas de Nestorianismo, que no llegaron á producir incendio formal por ser meras opiniones aisladas (3). La doctrina de la Iglesia de España permaneci6 pura en general durante aquella misma época de sujecion de los siglos V y VI en que todavia no habian abjurado el arrianismo los monarcas godos. Por lo demás, no hay elogio dirigido con justicia á los grandes hombres que produjo la Iglesia de Italia y de las Galias bajo los reyes Ostrogodos y Merovingios, que no pueda aplicarse con igual fundamento á otros grandes personajes suscitados por nuestra Iglesia, ya en la Tarraconense, ya en la Cartaginesa, ya en la Lusitania, ya en Galicia ó ya en la Bética. De nuestros obispos españoles puede principalmente decirse lo que en alabanza de todo el clero de los siglos V, VI y VII en general dice el elocuente H. Riancey: toda la fuerza moral, toda la actividad intelectual se habia reconcentrado en ellos... Ellos ejercian el poder que la desorganizacion de la sociedad civil habia dejado caer en sus manos, y si el decoro y la dignidad humana se hallan interesados en citar nombres de escritores, solo en los claustros ó bajo el sagrado palio podrán encontrarlos. A no ser por los escritos de San Gregorio de Tours, de San Fortunato de Poitiers y de San Isidoro de Sevilla, nada absolutamente sabriamos de la historia occidental. Los

(1) *Natu nobilis et eloquentiæ merito, vel maxime in poëmatibus studio, veteribus comparandus.*

(2) La Fuente. HIST. ECLES. DE ESPAÑA: 2.^a época, cap. IV.

(3) Ibid. § LXVII.